



ASSASSIN'S CREED®

FORSAKEN



OLIVER BOWDEN

minotauro games

Assassin's Creed®
Forsaken

OLIVER BOWDEN

minotauro games

Título original:
Assassin's Creed: Forsaken

Publicado por primera vez en 2012 por Penguin Books Ltd, London.
Copyright © 2021 Ubisoft Entertainment. Todos los derechos reservados.
Assassin's Creed, Ubisoft y el logo de Ubisoft son marcas de Ubisoft Entertainment en EE.UU.
y/o en otros países. Todas las ilustraciones son propiedad de Ubisoft.

Traducción de Noemí Risco Mateo, S.L., 2013

Publicado por Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0972-7
Depósito legal: B. 20.221-2020
Fotocomposición: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

6 DICIEMBRE DE 1735

I

Hace dos días cumplí diez años y debería haberlo celebrado en mi hogar de la plaza Queen Anne, pero mi cumpleaños ha pasado desapercibido; no hay fiestas, solo funerales, y nuestra casa calcinada parece un diente ennegrecido y podrido entre las altas mansiones de ladrillos blancos de la plaza Queen Anne.

De momento, nos hemos alojado en una de las propiedades de mi padre en Bloomsbury. Es una casa bonita y, aunque la familia está deshecha y nuestras vidas, destrozadas, debemos dar gracias por al menos tenerla. Aquí nos quedaremos, consternados, a la espera —como fantasmas atribulados—, hasta que se decida nuestro futuro.

El fuego consumió mis diarios, por lo que empezar a escribir esto es como comenzar de nuevo. En ese caso, probablemente debería dar a conocer mi nombre, Haytham, un nombre árabe para un muchacho inglés cuyo hogar es Londres, y quien desde el nacimiento hasta hace dos días vivió una vida idílica, protegido de lo peor que existía en cualquier otra parte de la ciudad. Desde la plaza Queen Anne veíamos la niebla y el humo que flotaban sobre el río y, como al resto, nos molestaba el hedor, que tan solo puedo describir como a «caballo mojado», pero no teníamos que cruzar los fétidos residuos

de las curtidurías, las carnicerías y los traseros de animales y personas. Las rancias corrientes de vertidos que aceleraban el paso de enfermedades: disentería, cólera, polio...

—Abríguese, señorito Haytham, o se resfriará.

Cuando paseábamos por los campos hacia Hampstead, mis niñeras solían apartarme de los pobres desafortunados aquejados de tos y me tapaban los ojos para que no viera a niños con deformidades. Lo que más les asustaba era la enfermedad. Supongo que porque no se puede razonar con ella; no se puede sobornar ni alzarse en armas contra la enfermedad, y no respeta ni la riqueza ni el prestigio. Es un enemigo implacable.

Y por supuesto ataca sin previo aviso. Así que todas las noches comprobaban que no tuviera signos de sarampión o varicela y después informaban de mi buena salud a mi madre, que venía a darme un beso de buenas noches. Ya veis que era uno de los afortunados, con una madre que me daba un beso de buenas noches y un padre que lo hacía también, que me querían; y una hermanastra, Jenny, que me habló de los ricos y los pobres, que me hizo ser consciente de la suerte que tenía y me instó siempre a pensar en los demás; que contrataron a tutores y niñeras para que me cuidaran y educaran, para que me convirtiera en un hombre de buenos principios, valioso para el mundo. Uno de los afortunados. No como los niños que debían trabajar en los campos, en las fábricas y, arriba, en las chimeneas.

Aunque a veces me preguntaba si tendrían amigos aquellos otros niños. En ese caso, entonces, a pesar de que sabía que mi vida era más cómoda que la suya, los envidiaba por eso: sus amigos. Yo no tenía ninguno, ni tampoco hermanos o hermanas de mi edad, y respecto a buscármelos, bueno, era tímido. Además, había otro problema: algo que había salido a la luz cuando solo tenía cinco años.

Sucedió una tarde. Las mansiones de la plaza Queen Anne se habían construido juntas, de modo que a menudo veíamos a nuestros vecinos, ya fuera en la misma plaza o en sus jardines traseros. A un lado de nuestra casa vivía una familia que tenía cuatro hijas, dos de ellas de mi edad. Pasaban lo que parecían horas brincando o jugando a la gallinita ciega en su jardín y yo las oía mientras daba clase bajo la atenta mirada de mi tutor, el viejo señor Fayling, que tenía unas

cejas canosas y pobladas, y la costumbre de hurgarse la nariz y quedarse examinando después lo que fuera que hubiese extraído de sus orificios nasales, para luego comérselo a escondidas.

Aquella tarde en particular, el viejo señor Fayling abandonó la habitación y yo esperé hasta que sus pasos se alejaron para levantarme de mis cuentas, ir hacia la ventana y mirar al jardín de la mansión vecina.

Dawson era el apellido de la familia. El señor Dawson era miembro del Parlamento, eso decía mi padre, apenas ocultando su ceño fruncido. Tenían un jardín de altos muros y, a pesar de los árboles, arbustos y follaje en plena floración, algunas partes eran visibles desde la estancia donde daba clase, así que veía jugar a las niñas Dawson. En esta ocasión, para variar, se trataba de la rayuela, y habían colocado unos mazos en el suelo como pista improvisada, aunque no parecía que se lo tomaran muy en serio; seguramente las dos mayores intentaban enseñar a las dos más pequeñas las sutilezas del juego. Vislumbé un borrón de coletas, color rosa y vestidos arrugados; se llamaban y reían, y de vez en cuando oía una voz adulta, probablemente la de una niñera fuera de mi vista tras el manto bajo de unos árboles.

Dejé un momento mis cuentas desatendidas sobre la mesa mientras observaba cómo jugaban hasta que, de repente, casi como si pudiera percibir que la estuvieran contemplando, una de las más pequeñas, un año menor que yo tal vez, alzó la mirada, me vio en la ventana y ambos nos quedamos mirándonos fijamente.

Tragué saliva y después, no muy convencido, levanté una mano para saludar. Para mi sorpresa, la niña me contestó con una sonrisa. A continuación llamó a sus hermanas, que se reunieron a su alrededor, y las cuatro, entusiasmadas, estiraron los cuellos y se taparon los ojos del sol para mirar hacia mi ventana, donde yo estaba expuesto como en un museo, salvo que aquel objeto de exposición se movía y se sonrojaba ligeramente por la vergüenza, pero aun así sentía el suave y cálido resplandor de algo que podría haber sido amistad.

Pero se evaporó en el instante en que apareció su niñera bajo el abrigo de los árboles, miró enfadada hacia mi ventana con una expresión que no dejaba ninguna duda de lo que pensaba sobre mí —que era un mirón o algo peor— y en seguida quitó de mi vista a las cuatro niñas.

Aquella mirada que me había lanzado la niñera ya la había visto antes y la volvería a ver en la plaza o en los campos a nuestras espaldas. ¿Recordáis cómo mis niñeras me apartaban de los andrajosos desafortunados? Otras mantenían a sus niños alejados de mí. La verdad es que nunca me pregunté por qué. No me lo pregunté porque... No sé, porque no había razón para preguntárselo, supongo; era tan solo algo que ocurría y no conocía otra cosa.

II

A los seis años, Edith me entregó un fardo de ropa planchada y un par de zapatos con hebilla de plata. Salí de detrás del biombo con mis zapatos nuevos de hebillas relucientes, un chaleco y una chaqueta. Edith llamó a una de las sirvientas y esta dijo que era la viva imagen de mi padre, y desde luego esa era la idea.

Más tarde, mis padres vinieron a verme, y habría jurado que a padre se le empañaron un poco los ojos, mientras que madre no disimuló en absoluto y simplemente rompió a llorar allí mismo para seguir en el cuarto de los niños, sacudiendo la mano hasta que Edith le pasó un pañuelo.

Allí de pie, me sentí un adulto sabio, a pesar de que volvía a sentir calor en las mejillas. De pronto me descubrí preguntándome si las niñas Dawson me habrían considerado elegante con mi nuevo traje, hecho un caballero. Pensaba en ellas a menudo. A veces las alcanzaba a ver por la ventana, corriendo por su jardín o guiadas hacia carruajes delante de las mansiones. Creí ver a una de ellas echando una mirada furtiva hacia mi ventana, pero si me vio, esta vez no hubo sonrisas ni saludos, tan solo una sombra de aquella misma expresión que me había dedicado su niñera, como si le hubiera transmitido su desaprobación hacia mí, como si se tratara de un conocimiento arcano.

Los Dawson estaban a un lado, esas esquivas y saltarinas Dawson con coleta, mientras que al otro, se hallaban los Barrett. Eran una familia de ocho hijos, chicos y chicas, aunque de nuevo casi nunca los veía; como con las Dawson, mi relación con ellos se limitaba a verlos entrar a carruajes o distinguirlos a lo lejos en los campos. Un día poco después

de mi octavo cumpleaños, me hallaba en el jardín, paseando por el perímetro al tiempo que arrastraba un palo por el alto muro de ladrillos rojos que se desmoronaba. De vez en cuando me detenía a darle la vuelta a las piedras con un palo para inspeccionar los insectos que correteaban por debajo —cochinillas, milpiés, gusanos que se retorcían como si estiraran sus largos cuerpos—, y me topé con la entrada que llevaba a un pasillo entre nuestra casa y la de los Barrett.

La pesada puerta estaba cerrada con un enorme candado de metal oxidado que parecía no haberse abierto en años y me quedé mirándolo un rato, sopesando el cerrojo en la palma de la mano, cuando oí un susurro, la voz apremiante de un chico.

—Oye, tú. ¿Es cierto lo que dicen de tu padre?

Provenía del otro lado de la puerta, aunque tardé un momento en ubicarla, unos instantes en los que me quedé horrorizado, petrificado de miedo. A continuación, el corazón estuvo a punto de salirseme del pecho cuando miré por un agujero de la puerta y vi un ojo que me observaba sin pestañear. De nuevo esa pregunta.

—Vamos, me llamarán dentro de poco. ¿Es verdad lo que dicen de tu padre?

Más calmado, me incliné para colocar el ojo a la altura del agujero de la puerta.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Soy yo, Tom, el que vive aquí al lado.

Sabía que Tom era el hijo más pequeño, tenía mi edad. Había oído cómo lo llamaban.

—Y; tú quién eres? —quiso saber él—. Me refiero a cómo te llamas.

—Haytham —respondí, y me pregunté si Tom era mi nuevo amigo. Tenía un ojo amistoso, al menos.

—¿Qué nombre más raro!

—Es árabe. Significa «águila joven».

—Bueno, tiene sentido.

—¿Qué quieres decir con que «tiene sentido»?

—Ah, no sé. Pero lo tiene de algún modo. Y solo estás tú, ¿no?

—Tengo una hermana —repliqué—. Y también vivo con madre y padre.

—Es una familia bastante pequeña.

Asentí.

—Oye, ¿es verdad o no? —insistió—. ¿Tu padre es lo que dicen que es? Y ni se te ocurra mentir. Te veo los ojos, ¿sabes? Seré capaz de distinguir si estás mintiendo descaradamente.

—No mentiré, pero no sé qué es lo que dicen que es, ni siquiera quién lo dice.

Todo aquello me resultaba extraño y a la vez no muy agradable. Por ahí existía una idea de lo que se consideraba «normal» y nosotros, la familia Kenway, no estábamos incluidos.

Puede que el dueño del ojo oyera algo en mi tono de voz, porque se apresuró a añadir:

—Lo siento... Siento si he dicho algo fuera de lugar. Tan solo me interesaba, eso es todo. Verás, hay un rumor y sería muy emocionante si fuera cierto...

—¿Qué rumor?

—Te parecerá una tontería.

Le eché valentía y me acerqué al agujero para mirarlo, ojo a ojo, mientras le decía:

—¿A qué te refieres? ¿Qué dice la gente sobre mi padre?

Pestañeó.

—Dicen que era un...

De repente hubo un ruido detrás de él y oí una voz masculina que lo llamaba:

—¡Thomas!

El susto le hizo retirarse hacia atrás.

—¡Oh, qué fastidio! —susurró en seguida—. Tengo que irme, me llaman. Espero verte por aquí.

Al decir aquello, se fue y yo me quedé allí, preguntándome a qué se refería. ¿Cuál sería ese rumor? ¿Qué decía la gente sobre nuestra pequeña familia?

En aquel instante recordé que debía darme prisa. Era casi mediodía, la hora del entrenamiento con armas.

7 DE DICIEMBRE DE 1735

I

Me siento invisible, como si estuviera atrapado en un limbo entre el pasado y el futuro. A mi alrededor los adultos mantienen tensas conversaciones. Tienen los rostros demacrados y las señoras lloran. A pesar de que las chimeneas se mantienen encendidas, por supuesto, la casa parece siempre fría; está vacía salvo por nosotros y los bienes que rescatamos de la mansión incendiada. Fuera, la nieve ha comenzado a caer, mientras que dentro la pena congela hasta los huesos.

Puesto que no tengo muchas más cosas que hacer sino escribir en mi diario, esperaba ponerme al día con la historia de lo que he hecho en mi vida hasta ahora, pero por lo visto tengo más que contar de lo que al principio pensaba, y desde luego me he tenido que ocupar de otros asuntos importantes. Los funerales. Hoy ha sido el de Edith.

—¿Está seguro, señorito Haytham? —había preguntado antes Betty, con la frente arrugada por la preocupación, y los ojos cansados. Durante años, desde que tenía memoria, había sido la ayudante de Edith. Estaba tan afligida como yo.

—Sí —respondí, vestido como nunca con aquel traje y, para aquel día, con corbata negra.

Edith estaba sola en el mundo, así que los empleados y los Kenway supervivientes se habían reunido para una comida sencilla a base de jamón, cerveza y tarta. Cuando terminó, los hombres de la funeraria, que ya estaban bastante borrachos, cargaron su cuerpo en la carroza fúnebre para llevarla a la capilla. Detrás, nos sentamos en los carruajes de duelo. Tan solo necesitamos dos. Al acabar, me retiré a mi habitación para continuar con mi historia...

II

Un par de días después de hablarle al ojo de Tom Barrett, continuaba dándole vueltas a lo que había dicho. Así que una mañana, cuando Jenny y yo estábamos solos en la sala de dibujo, decidí preguntarle sobre aquel asunto.

Jenny. Tenía casi ocho años y ella, veintiuno, y teníamos tanto en común como yo con el hombre que repartía el carbón. Menos, probablemente, si lo pensaba bien, porque al hombre que repartía el carbón y a mí nos gustaba reír, mientras que rara vez había visto a Jenny sonreír y ya no digamos reírse.

Tenía el pelo negro y brillante, y los ojos oscuros y..., bueno, «somnolientos» diría yo, aunque había oído describirlos como «inquietantes», y al menos un admirador fue tan lejos como para decir que tenía una «mirada humeante», fuera lo que fuese que quisiera decir. Las miradas de Jenny eran un tema de conversación muy popular. Era muy hermosa o eso solía decirme la gente.

Aunque no es lo que opinaban de mí. Ella era Jenny, la que se había negado tantas veces a jugar conmigo que al final había desistido de pedírselo; a la que siempre imaginaba sentada en una silla de respaldo alto y la cabeza inclinada sobre su costura o bordado, fuera lo que fuese que hiciera con la aguja y el hilo. Y frunciendo el ceño. A mí me parecía que aquella mirada humeante que sus admiradores decían que poseía en realidad era una expresión de mal humor.

La cuestión era que, a pesar de que no éramos más que huéspedes en la vida del otro, como barcos que navegan por el mismo puerto pequeño y pasan cerca, pero sin rozarse, teníamos el mismo padre. Y

Jenny, al ser doce años mayor, sabía más sobre él que yo. Aunque se hubiera pasado años diciendo que era demasiado tonto o demasiado joven para comprender —y una vez incluso que era demasiado bajito para entender, fuera lo que fuese lo que quisiera decir eso—, solía intentar mantener una conversación con ella. No sé por qué, porque, como he mencionado antes, siempre resultaba que yo no entendía nada. Para fastidiarla tal vez. Pero en esta ocasión en particular, un par de días después de mi conversación con el ojo de Tom, era porque de verdad tenía curiosidad por averiguar lo que Tom había querido decir.

Así que le pregunté:

—¿Qué dice la gente de nosotros?

Suspiró de manera teatral y alzó la vista de sus labores.

—¿A qué te refieres, mocoso? —preguntó.

—Pues eso, ¿qué dice la gente de nosotros?

—¿Estás hablando de chismes?

—Si quieres llamarlo así...

—¿Y a ti qué te importan los chismes? ¿No eres demasiado...?

—Me importan —la interrumpí antes de que sacara el tema de que era demasiado joven, demasiado tonto o demasiado bajo.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Alguien dijo algo, eso es todo.

Dejó sus labores, las metió junto al cojín de la silla que tenía al lado de la pierna y frunció los labios.

—¿Quién? ¿Quién ha hablado contigo y qué ha dicho?

—Un chico en la puerta del jardín. Dijo que nuestra familia era rara y que nuestro padre era un...

—¿Qué?

—No llegué a averiguarlo.

Sonrió y cogió sus labores.

—Y eso te ha hecho pensar, ¿no?

—Bueno, ¿no estarías tú también dándole vueltas?

—Yo ya sé todo lo que me hace falta saber —contestó con altanería—, y te digo una cosa, yo no creería nada de lo que digan sobre nosotros los vecinos.

—Bueno, pues cuéntamelo entonces —dije—. ¿Qué hizo nuestro padre antes de que yo naciera?

Jenny a veces sonreía. Sonreía cuando sacaba ventaja, cuando podía ejercer un poco de poder sobre alguien, sobre todo si ese alguien era yo.

—Ya lo sabrás —respondió.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento apropiado. Al fin y al cabo, eres su heredero.

Hubo una larga pausa.

—¿A qué te refieres con «su heredero»? —pregunté—. ¿Qué diferencia hay entre tú y yo?

Ella suspiró.

—Bueno, de momento, no hay mucha, aunque tú recibes entrenamiento con armas y yo no.

—¿Tú no?

Pero, pensándolo bien, ya lo sabía y supongo que me había preguntado en algún momento por qué yo manejaba la espada y ella hacía costura.

—No, Haytham, yo no me entreno con armas. Ningún niño recibe entrenamiento con armas, Haytham, al menos no en Bloomsbury y quizá tampoco en todo Londres. Nadie excepto tú. ¿No te lo han dicho?

—¿El qué?

—Que no digas nada.

—Sí, pero...

—Bueno, ¿alguna vez te has preguntado el porqué? ¿Por qué se supone que no debes decir nada?

Quizá sí. Quizá en el fondo lo sabía todo. No dije nada.

—Pronto averiguarás lo que te tienen reservado —dijo—. Nuestras vidas están planeadas, no te preocupes por eso.

—Bueno, y ¿qué te depara a ti el futuro?

Resopló con sorna.

—«Qué» me espera no es la pregunta adecuada, sino «quién». Eso sería más acertado.

Había un rastro de algo en su voz que no entendí del todo hasta mucho más tarde, y la miré, sabiendo que era mejor no seguir preguntándole y arriesgarme a sentir la punzada de aquella aguja. Pero

cuando dejé el libro que había estado leyendo y abandoné la sala de dibujo, lo hice consciente de que aunque no hubiera averiguado casi nada sobre mi padre o mi familia, había aprendido una cosa de Jenny: por qué nunca sonreía, por qué siempre se mostraba tan hostil hacia mí.

Era porque conocía el futuro. Conocía el futuro y sabía que me favorecía por ninguna otra razón salvo porque había nacido hombre.

Podría haberlo sentido por ella. Podría haberme dado lástima si no hubiera sido tan amargada.

No obstante, con la información que ahora poseía, el entrenamiento con armas al día siguiente tuvo una emoción especial. Así que nadie más recibía entrenamiento con armas. De repente tuve la sensación de estar probando la fruta prohibida, y el hecho de que mi padre fuera mi tutor solo lo hacía más succulento. Si Jenny tenía razón y había una vocación ante la que debía responder, como otros muchachos a los que se los preparaba para el sacerdocio, para que fueran herreros, carniceros o carpinteros, pues bien. Me parecía bien. No había nadie en el mundo al que admirase más que a mi padre. La idea de que estuviera pasándome sus conocimientos era reconfortante y emocionante a la vez.

Y, claro, había espadas de por medio. ¿Qué más podía pedir un muchacho? Al echar la vista atrás, sé que a partir de aquel día me convertí en un alumno más dispuesto y entusiasta. Todos los días, ya fuera mediodía o después de la cena, dependiendo de la agenda de mi padre, nos reuníamos en lo que llamábamos la sala de entrenamiento, pero en realidad era el cuarto de juegos. Y fue allí donde mi destreza con la espada comenzó a mejorar.

No he entrenado desde el ataque. No he tenido ánimos para volver a coger la espada, pero sé que cuando lo haga me imaginaré aquella habitación, con sus oscuras paredes de roble, las librerías y la mesa de billar que se había apartado a un lado para hacer espacio. Y dentro, mi padre, con los ojos brillantes, la mirada dura, pero amable, siempre sonriendo, siempre animándome: bloquea, esquiva, juego de piernas, equilibrio, conciencia, anticipación. Aquellas palabras las repetía como un mantra; a veces no decía nada más durante toda una lección, tan solo daba las órdenes, asentía cuando lo hacía bien o

negaba con la cabeza cuando me equivocaba; de vez en cuando paraba para apartarse el pelo de la cara y se ponía detrás de mí para colocarme los brazos y las piernas en la posición adecuada.

Para mí aquello es, o era, el entrenamiento con armas: las librerías, la mesa de billar, el mantra de mi padre y el sonido de...

La madera.

Sí, de la madera.

Para mi disgusto, usábamos espadas de madera en el entrenamiento. El acero vendría más adelante, decía cada vez que me quejaba.

III

La mañana de mi cumpleaños, Edith estuvo especialmente amable conmigo y mi madre se aseguró de que me dieran mi desayuno favorito: sardinas con mostaza y pan fresco con mermelada de cereza, elaborada con la fruta de los árboles de nuestro jardín. Vi a Jenny mirándome con aire despectivo mientras engullía la comida, pero no le di importancia. Desde nuestra conversación en la sala de dibujo, fuera cual fuese el poder que tenía sobre mí, que ya era escaso, de algún modo se había hecho menos perceptible. Antes me habría parecido ridícula, quizá algo tonta y afectada por el desayuno que había recibido en mi cumpleaños. Pero aquel día no. Al volver la vista atrás, me pregunto si el día que cumplí ocho años fue el que empecé a convertirme en un hombre.

Así que no, no me importó ver los labios torcidos de Jenny, ni los gruñidos de cerdo que emitía a escondidas. Yo solo tenía ojos para mi madre y mi padre, que solo tenían ojos para mí. Por su lenguaje corporal, ese pequeño código parental que había captado con el paso de los años, supe que iba a haber algo más, que los placeres de mi cumpleaños estaban listos para continuar. Y así resultó. Para cuando terminé de comer, mi padre había anunciado que aquella noche iría a White's Chocolate House en la calle Chesterfield, donde se hacía chocolate caliente de los bloques sólidos de cacao que se importaban de España.

Más tarde, aquel mismo día, Edith y Betty estuvieron mimándome y me vistieron con mi traje más elegante. Luego los cuatro subimos a un carruaje, aparcado fuera, junto al bordillo, desde el que miré disimuladamente hacia las ventanas de nuestros vecinos y me pregunté si los rostros de las niñas Dawson estarían pegados al cristal, o los de Tom y sus hermanos. Esperaba que sí. Esperaba que pudieran verme en aquel momento. Que nos vieran y pensarán: «Ahí va la familia Kenway, van a salir de noche, como una familia normal».

IV

La zona alrededor de la calle Chesterfield estaba concurrida. Conseguimos acercarnos a la puerta de White's y, cuando llegamos, nos ayudaron a cruzar en seguida la vía atestada de gente para entrar en la tienda.

Aun así, durante aquel corto paseo entre el carruaje y el refugio de la casa de chocolate miré a izquierda y derecha para ver un poco de la crueldad de Londres: el cuerpo de un perro yacía en una alcantarilla, un indeseable vomitaba contra una verja, vendedoras de flores, mendigos, borrachos, unos pilluelos salpicando en un charco de barro que parecía hervir sobre la calle.

Entonces, en el interior nos recibió un denso aroma a humo, cerveza, perfume y por supuesto chocolate, así como el alboroto de un piano y unas voces altas. Todos estaban gritando y se apoyaban sobre las mesas de juego. Los hombres bebían de unas enormes jarras de cerveza; las mujeres, también. Vi a alguien con chocolate caliente y tarta. Por lo visto, todos estaban bajo un estado de gran entusiasmo.

Miré a mi padre, que se había parado en seco, y noté su incomodidad. Por un momento me preocupó que se diera la vuelta y se marchara, antes de que un caballero llamara mi atención al levantar un bastón. Era más joven que mi padre, con una sonrisa fácil y un brillo que era visible incluso desde el otro lado de la sala, y nos hacía señas con el bastón. Mi padre lo saludó, agradecido, al reconocerlo y

comenzó a caminar por el local, metiéndose entre las mesas, pasando por encima de perros e incluso de uno o dos niños, que se revolían a los pies de los parranderos, supuestamente esperando que algo cayera de las mesas de juego: trozos de tarta o tal vez monedas.

Llegamos a donde se hallaba el caballero del bastón. A diferencia de mi padre, que llevaba el pelo desgreñado, apenas recogido hacia atrás con un lazo, él lucía una peluca empolvada blanca, con la parte de atrás protegida por una bolsa de seda negra, y una levita de un color rojo vivo e intenso. Con un gesto de la cabeza, saludó a mi padre y luego concentró su atención en mí e hizo una reverencia exagerada.

—Buenas noches, señorito Haytham, creo que está recibiendo muchas felicitaciones. Recuérdeme su edad, señor. Por su comportamiento, veo que es un niño de gran madurez. ¿Once? ¿Doce, tal vez?

Al decir aquellas palabras, miró por encima de mi hombro con una brillante sonrisa y mis padres se rieron, agradecidos.

—Tengo ocho, señor —contesté, y me hinché, orgulloso, mientras mi padre terminaba las presentaciones.

El caballero era Reginald Birch, uno de los principales agentes inmobiliarios, que afirmó estar encantado de conocerme y luego saludó a mi madre con una larga reverencia, besándole el dorso de la mano.

A continuación centró su atención en Jenny y la tomó de la mano, inclinó la cabeza y llevó los labios hasta ella. Sabía lo suficiente para darme cuenta de que la estaba cortejando y en seguida miré a mi padre, esperando que interviniera.

Pero vi que él y mi madre parecían entusiasmados, aunque la expresión de Jenny era imperturbable y permaneció así mientras nos llevaban a una sala interior privada de la casa del chocolate, donde nos sentamos —Jenny al lado del señor Birch—, al tiempo que los empleados del White's comenzaban a trabajar a nuestro alrededor.

Podría haberme quedado allí toda la noche, hartándome de chocolate caliente y tarta, de lo que dejaron en la mesa una cantidad abundante. Tanto mi padre como el señor Birch parecían disfrutar de la cerveza. Así que al final fue mi madre la que insistió en marcharnos —antes de que yo (o ellos) me pusiera enfermo— y salimos a la calle, que estaba incluso más concurrida ahora, de noche, que al atardecer.

Durante un momento me hallé desorientado por el ruido y el he-
dor. Jenny arrugó la nariz y vi cómo le cruzaba el rostro a mi madre
un destello de preocupación. Por instinto, mi padre se acercó más a
todos nosotros, como si intentase desviar el clamor.

Una mano sucia apareció delante de mi cara y alcé la vista para
ver a un mendigo que en silencio pedía dinero, con unos ojos gran-
des, suplicantes, de un blanco resplandeciente en contraste con la
mugre del rostro y el pelo; una vendedora de flores pasó a toda prisa
junto a mi padre para tratar de llegar a Jenny y soltó un «eh» de in-
dignación cuando el señor Birch utilizó su bastón para bloquearle el
paso. Yo mismo me sentía empujado y vi a dos pillos con las palmas
extendidas hacia nosotros para intentar tocarnos.

Entonces, de repente, mi madre lanzó un grito cuando un hombre
salió de entre la muchedumbre, con la ropa sucia y andrajosa, enseña-
ndo los dientes y las manos extendidas para robar el collar de mi madre.

Y un instante después descubrí por qué el bastón de mi padre ha-
cía aquel ruido curioso, al ver aparecer un cuchillo del interior cuan-
do se dio la vuelta para proteger a su mujer. En un abrir y cerrar de
ojos, salvó la distancia que lo separaba de ella, pero antes de vaciar la
funda, cambió de opinión, tal vez al ver que el ladrón iba desarma-
do; lo volvió a colocar en su sitio de un golpe para convertirlo de
nuevo en bastón y, con el mismo movimiento, lo hizo girar para
apartar la mano del rufián.

El ladrón gritó de dolor y sorpresa, y retrocedió directo hacia el
señor Birch, que lo lanzó hacia la calle para abalanzarse sobre él y co-
locar las rodillas en el pecho del hombre y un puñal en la garganta.
Contuve la respiración.

Vi cómo mi madre abría mucho los ojos por encima del hombro
de mi padre.

—¡Reginald! —exclamó mi padre—. ¡Basta!

—Ha intentado robarte, Edward —respondió el señor Birch, sin
darse la vuelta.

El ladrón lloriqueó. Los tendones de las manos del señor Birch
sobresalían y los nudillos estaban blancos sobre el mango del puñal.

—No, Reginald, esa no es manera de obrar —dijo mi padre
con calma.

Tenía abrazada a mi madre, quien había hundido la cara en su pecho y gimoteaba bajito. Jenny estaba cerca de ellos, a un lado; y yo, al otro. A nuestro alrededor se había reunido una multitud, los mismos vagabundos y mendigos que nos habían estado molestando ahora mantenían una distancia respetuosa. Una distancia respetuosa por el miedo.

—Lo digo en serio, Reginald —insistió mi padre—. Retira el puñal, déjalo marchar.

—No me hagas quedar como un tonto, Edward —dijo Birch—, no delante de todos, por favor. Ambos sabemos que este hombre merece pagarlo, si no con su vida, entonces quizá con un dedo o dos.

Contuve la respiración.

—¡No! —ordenó mi padre—. No habrá derramamiento de sangre, Reginald. Cualquier relación que hubiera entre nosotros terminará si no haces lo que te digo en este mismo momento.

Se hizo el silencio alrededor de nosotros. Oí farfullar al ladrón que no dejaba de repetir: «Por favor, señor, por favor, señor, por favor, señor...». Tenía los brazos inmovilizados a los costados al tiempo que daba patadas, mientras yacía atrapado, agitando las piernas en vano sobre los adoquines llenos de suciedad.

Hasta que, por fin, el señor Birch pareció decidirse y retiró el puñal, dejando un pequeño corte sangrante. Al levantarse, dirigió una patada al ladrón, que no necesitó más ánimos para incorporarse apresuradamente y salir de la calle Chesterfield, agradecido por escapar con vida.

Nuestro cochero se había recuperado y ahora estaba junto a la puerta, apremiándonos para que entrásemos en la seguridad del carruaje.

Mi padre y el señor Birch se quedaron mirándose, sin apartar los ojos. Al pasar mi madre junto a mí, vi arder la mirada del señor Birch. Advertí que mi padre lo miraba de la misma forma y le ofreció la mano al tiempo que decía:

—Gracias, Reginald. De parte de todos nosotros, gracias por la rapidez de reflejos.

Noté la mano de mi madre en la parte baja de mi espalda mientras trataba de empujarme hacia el carruaje, pero estiré el cuello para

ver a mi padre con la mano extendida hacia el señor Birch, que le lanzó una mirada asesina y se negó a aceptar la oferta de acuerdo.

Después, justo cuando entraba a empujones en el carruaje, vi al señor Birch alargar la mano para alcanzar la de mi padre y su mala cara se suavizó hasta convertirse en una sonrisa. Una sonrisa tímida, con cierta vergüenza, como si de pronto se hubiera acordado de quién era. Ambos estrecharon las manos y mi padre le otorgó al señor Birch el breve gesto de cabeza que yo conocía tan bien. Significaba que todo se había solucionado. Significaba que no se debía decir nada más sobre el asunto.

V

Por fin regresamos a casa, a la plaza Queen Anne, donde cerramos la puerta y nos olvidamos del olor a humo, estiércol y caballo, y yo le dije a mi madre y a mi padre lo mucho que había disfrutado de aquella noche, se lo agradecí efusivamente y les aseguré que el alboroto en la calle no había echado a perder mi cumpleaños, mientras que en privado pensaba que había sido la mejor parte.

Pero resultó que la noche no había terminado aún, porque cuando iba a subir las escaleras, mi padre me hizo señas para que lo siguiera y me llevó a la sala de juegos, donde encendió una lámpara de queroseno.

—Así que entonces te lo has pasado bien esta noche, Haytham —dijo.

—Me lo he pasado muy bien, señor —contesté.

—¿Cuál ha sido tu impresión del señor Birch?

—Me gusta mucho, señor.

Mi padre soltó una carcajada.

—Reginald es un hombre que le da mucha importancia al aspecto, a los modales, la etiqueta y el edicto. No es que se rija por la etiqueta y el protocolo como insignia, solo cuando le conviene. Es un hombre de honor.

—Sí, señor —afirmé, pero debí de sonar tan dudoso como me sentía porque me miró con dureza.

—Ah —dijo—, ¿estás pensando en lo que pasó al salir de la chocolatería?

—Sí, señor.

—Y ¿por qué?

Señaló una de las estanterías. Al parecer quería que me acercase a la luz y a sus ojos para poder examinarme bien la cara. La luz de la lámpara jugueteaba por sus rasgos, y el pelo oscuro le brillaba. Sus ojos siempre eran amables, pero también podían ser intensos, como en aquel momento. Distinguí una de sus cicatrices, que parecía brillar más bajo la luz.

—Bueno, fue muy emocionante, señor —respondí y en seguida añadí—: Aunque lo que más me preocupaba era mi madre. Qué rápido fue al salvarla... Nunca había visto a nadie moverse a esa velocidad.

Se rio.

—El amor provoca esas cosas en un hombre. Lo descubrirás por ti mismo algún día. Pero ¿qué hay del señor Birch? ¿De su reacción? ¿Qué te pareció, Haytham?

—¿Señor?

—Birch parecía estar a punto de administrar un severo castigo a aquel sinvergüenza, Haytham. ¿Crees que se lo merecía?

Reflexioné antes de contestar. Por la expresión del rostro de mi padre, intensa y atenta, supe que mi respuesta era importante.

Y en la emoción de aquel momento supongo que pensé que el ladrón se merecía una reacción severa. Aunque breve, hubo un instante en el que una ira primaria deseó que le hicieran daño por atacar a mi madre. Ahora, en cambio, bajo el suave resplandor de la lámpara, con mi padre mirándome amablemente, me sentí de otro modo.

—Responde sinceramente, Haytham —me animó mi padre, como si leyera mis pensamientos—. Reginald tiene un sentido de la justicia muy marcado, o de lo que él describe como justicia. Es algo... bíblico. Pero ¿qué opinas tú?

—Al principio sentí ganas de... venganza, señor. Pero se me pasaron en seguida y me alegré de ver que al hombre le concedían clemencia —dije.

Mi padre sonrió y asintió, y después se volvió súbitamente hacia las librerías, donde con un movimiento de muñeca activó un dispositivo

que movió unos cuantos libros para revelar un compartimento secreto. Se me paró el corazón cuando sacó algo de allí: una caja, que me entregó y, con un gesto de cabeza, me pidió que abriera.

—Un regalo de cumpleaños, Haytham —dijo.

Me arrodillé, dejé la caja sobre el suelo y la abrí para revelar un cinturón de cuero que retiré en seguida porque sabía que debajo habría una espada; no una espada de madera para jugar, sino una de reluciente acero, con un mango ornamentado. La saqué de la caja y la sostuve en las manos. Era una espada corta y, aunque vergonzosamente sentí una punzada de decepción por ello, supe de inmediato que se trataba de una hermosa espada corta, y era mi espada corta. En aquel instante, decidí que nunca se apartaría de mí y ya estaba recogiendo el cinturón, cuando mi padre me detuvo.

—No, Haytham —dijo—, se queda aquí y no la sacarás ni utilizarás sin mi permiso. ¿Está claro?

Me había quitado la espada para devolverla a su caja y colocó el cinturón encima, antes de cerrarla.

—Pronto comenzarás el entrenamiento con esta espada —continuó—. Te queda mucho por aprender, Haytham, no solo acerca del acero que han sujetado tus manos, sino también del acero de tu corazón.

—Sí, padre —contesté, intentando no parecer tan confundido y decepcionado como me sentía.

Observé cómo se daba la vuelta y colocaba la caja en el compartimento secreto, y si estaba tratando de asegurarse de que no viera qué libro abría el compartimento, bueno, no lo consiguió. Era la Biblia del rey Jaime.